

Las aventuras de don Chipote o cuando los pericos mamen: el retrato del hambre

En los últimos años, varios críticos han discutido si *Las aventuras de don Chipote o cuando los pericos mamen* (México: Secretaría de Educación Pública, CEFNOMEX, 1985) es o no verdaderamente la precursora de la novela chicana. No obstante esta discusión, a nivel de la literatura de la raza o nacional (si así se le puede llamar), lo que más importa son los elementos que aporta a la narrativa chicana posterior surgida desde la publicación en inglés de *Pocho* de José Antonio Villarreal en 1959. Además, a nivel individual, la novela también es significativa por su vivo y tragicómico retrato del hambre.

Si la vemos como una novela dentro del contexto de la lengua española o del panorama universal, es un texto plagado de lastres y excesos de la novela picaresca española y de la novela realista, pero con dos valores importantes: el humor y el ser un testimonio histórico y social de las penurias del chicano en los Estados Unidos.

Si la consideramos bajo el marco de la incipiente narrativa chicana de esa época, es una precursora de esta literatura, debido a que por primera vez un texto escrito por un chicano aglutina tres elementos necesarios para considerarla como parte de este movimiento literario: estar escrita en español, el problema del género y la temática social del chicano. Al respecto, en su artículo sobre Daniel Venegas (*Chicano Writers*, vol. 82. *Dictionary of Literary Biography*. Detroit: Gale Research, 1989), Nicolás Kanellos considera que

Daniel Venegas's work a precursor of today's Chicano literature not only in openly proclaiming a Chicano identity but also in generating a style and literary attitude that would come to typify that Chicano novels of the late 1960's and the 1970's. (271)

En los tres sentidos, la obra de Venegas históricamente cumple su cometido aunque posea sus limitaciones estéticas. Estructuralmente es una novela con ambiente, conflicto central y personajes, los cuales conforman una unidad narrativa que la consolida como precursora del género en la literatura chicana; por otro lado, el núcleo temático está enfocado a los problemas del chicano (en aquel entonces la palabra se refería al obrero o campesino mexicano emigrado a Estados Unidos); en otro orden de ideas, publicar en español en Estados Unidos representaba (aún representa) un verdadero obstáculo para los chicanos, así que Venegas lo logra 43 años antes de que se vuelva a publicar otra novela en español: ...y *no se lo tragó la tierra* (1971) de Tomás Rivera (Kanellos. "Introducción" 9)

En *De acá de este lado. Una aproximación a la novela chicana* (México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989), Ignacio Trejo Fuentes explora el valor auténtico de la novela:

Del lado temático, la obra de Venegas se centra en un aspecto fundamental para el desarrollo de la cultura mexiconorteamericana primero y el de la novelística después, y tan sólo eso basta para conferirle un lugar relevante en la historia

de la literatura a la que pertenece, pese a sus limitaciones en el renglón estético... En última instancia, su valor argumental (documento histórico) suple ampliamente sus carencias artísticas. (45)

También es notable el influjo de Venegas en la narrativa chicana posterior. Nicolás Kanellos, el descubridor y estudioso de este interesante texto, señala en su introducción a la novela la herencia literaria que ha sembrado Venegas:

El escritor moderno que ha heredado todas estas modalidades, desde el juego lingüístico hasta la sátira, es Rolando Hinojosa, el cronista de la vida México-americana del valle del Río Grande de Texas, quien además es el primer escritor chicano que ganó el prestigioso Premio Casa de las Américas. Pero la novela chicana que ha recreado más vivamente la odisea de Don Chipote y ha reproducido el ambiente hampesco a ambos lados de la frontera ha sido *Peregrinos de Aztlán* (1974), del tucsonense Miguel Méndez. Semejante a don Chipote, *Peregrinos* revela la misma clase de protesta, la misma experimentación lingüística, pero lo hace con una intensidad barroca. (10)

Por todo ello, también adquiere gran significación la vivacidad y malicia con que Daniel Venegas, su autor, relata las aventuras de un mojado en su viaje a los Estados Unidos. De entre todo, emerge con crudeza y humor (muchas veces humor negro) el retrato de los mexicanos que vagan como modernos pícaros por las ciudades americanas, padeciendo el hambre y la explotación laboral del sistema capitalista gringo.

El autor, además, persigue una intención satírica y moralizante, una historia aleccionadora a través de este itinerario de don Chipote de Jesús Ma-

ría Domínguez, quien finalmente emprende el regreso obligado a la patria perdida, de donde nunca debió haber salido.

Esta intención se presenta en muchos de los capítulos. El supuesto narrador onmisciente muchas veces aparece como un narrador testigo que se solidariza con la causa de los chicanos y constantemente interviene con juicios. Así, la gracia y picardía del narrador no evitan que el punto de vista del narrador sea un elemento estructural fallido, un exceso, puesto que algunas veces el autor juzga antes que narrar. De esta manera, sus opiniones en defensa del chicano constituyen uno de los lastres de la obra, como así resulta en la peor novela realista del siglo XIX.

Asimismo, se puede hablar de dos caras del texto: una novela fársica y una novela realista. Con sus limitantes de profundidad que más adelante explicaremos, estos dos aspectos la inscriben en la tradición de la novela picaresca moderna.

Además, aporta dos elementos interesantes: los personajes oscilan entre lo grotesco y lo hiperreal, y el lenguaje es intencionadamente coloquial y se alimenta por el lenguaje del campesino mexicano, una serie de cultismos, el léxico chicano y algunos arcaísmos españoles. Por ejemplo, en una de las escenas, el narrador habla de esta forma:

Inmediatamente se les dejó venir un "bolillo" a tomarles la orden, pero no hicieron más que mirarlo, pues ninguno de los dos entendió ni jota; por fortuna de nuestro héroes, en la mesa siguiente estaban "pipiriniando" otros chicanos y éstos ya mascullaban el toquinglis, los que, para sacar del atolladero a don Chipote y Co., hicieron la orden según a

lo que se les antojó pedir. (*Las aventuras* 42)

El humor y la realidad son complementos necesarios, ya que la novela se propone como denuncia social y como sátira. A propósito de ello, en su introducción a la novela, Nicolás Kanellos considera que "una constante en Don Chipote y en la novela chicana actual es el humor, especialmente cuando deriva de la sátira, el lenguaje pintoresco, el bilingüismo." ("Introducción" 10) La novela fue publicada en 1928 en el *Heraldo de México* en Los Angeles, treinta años antes del movimiento literario chicano, cuando todavía pervivía en Hispanoamérica y en España los restos de la novela realista y naturalista. Sin embargo, a pesar de sus guiños con la novela realista decimonónica, carece de personajes con profundidad psicológica, pues son verdaderos estereotipos que aparecen como personajes planos, con rasgos aparentemente realistas, pero teñidos de una gran dosis de elementos grotescos; a veces parece un esperpento valleinclinense. Por eso, la novela más bien debe ser leída por sus acciones, por sus hechos narrados con gran frescura y picardía. Es una novela de acción.

Una de las secuencias más intensas se ubica en el mundo urbano de Los Angeles, en los años previos a la depresión económica de los Estados Unidos, cuando los mexicanos desempleados rondaban por las calles y las plazas, tratando de subsistir como parias, solidarizándose con los "verdes" o mojados nuevos. Dos enormes fantasmas siempre los persiguen: si trabajan, la explotación de los gringos; si no consiguen empleo, el hambre.

La injusticia social está presente; pero más que aparecer en el contexto

de las acciones, el autor siempre nos la recuerda con sus constantes intrusiones discursivas: unas veces es el vocero defensor que predica en favor de la causa chicana, otras denuncia a los estadounidenses y a sus autoridades. Por ello, el retrato más vivo es el hambre. Al terminar la novela, la sensación más terrible que recordamos es el hambre que sufren don Chipote, Policarpo y desde luego su fiel e inseparable perro Sufrelambre, el cual en el nombre lleva la penitencia. El animalito contribuye a enfatizar los elementos fársicos y grotescos, porque posee rasgos humanos y es el compañero de la odisea "chipotesca".

El hambre es también un factor clave en *El lazarrillo de Tormes*. Por ello, cuando el personaje roba con avidez el alimento al ciego, haciendo un agujero a la cantarilla de vino, la escena nos provoca la risa, pero al mismo tiempo nos produce lástima. Igual sucede con la escena donde Lázaro sirve al pobretón caballero que está encerrado en su orgullo español y aristocrático y no quiere trabajar a pesar de que nada tenga para comer.

Don Chipote, lo mismo que sus compañeros, posee esa misma naturaleza picaresca y ridícula, aunque el retrato de Venegas se incline más a la caricatura que a la exploración psicológica de los pozos oscuros de la humanidad. Ellos no tienen la profundidad de los personajes de la novela picaresca española, puesto que no hay introspección ni monólogos ni narradores protagonistas. El autor prefirió la distancia del narrador omnisciente, pero sin penetrar en las conciencias de los personajes, sino solamente en sus superficies guiñolescas.

Don Chipote es un moderno Lázaro inmerso en los Estados Unidos, pro-

de la ignorancia, el hambre y la explotación de los mayordomos, abogadillos, "pelonas", coyotes y prostitutas que lo acechan para fregarlo. Llega a ese país con la ilusión de "barrer el dinero con una escoba", pero se encuentra con un fantasma que lo sigue adondequiera que va: EL HAMBRE, "el martillo" que golpea constantemente el estómago y la conciencia de los personajes, según la jerga del autor. El hambre lo acecha en su pueblo natal, en Ciudad Juárez, en Los Angeles; lo sigue a todas partes. En todos los momentos, las escenas del hambre son grotescas y muchas veces llegan hasta el humor negro.

La historia es completamente lineal, lo que nos indica que es más importante el "qué se dice" que el "cómo se dice". Desde el inicio, el protagonista siente esa necesidad imperiosa luego de terminar las faenas del campo. Llega a la casa y la cena es escasa:

En seguida, con un apetito que hacía creer que lo habían tenido amarrado, empezó a embutirse la cena en compañía de su familia, digo cena si se le puede llamar así a un charco de agua con tres frijolitos, un molcajete de chile, un jarro de atole y gordas. (*Las aventuras* 17)

Pitacio, el amigo de don Chipote, regresa al rancho procedente de los "Estamos Undidos", vestido a la moda chicana (zapatos amarillos trompudos, calcetines de seda y sombrero texano), pero con el estómago vacío, cuando "los pedales empezaban a ponerse en huelga y las tripas a pegarse al espinazo" (*Las aventuras* 19), ya que "desde el día anterior no había puesto ningún peso en el estómago." (21) Pitacio se pavonea ante su amigo de haber triunfado en gringolandia y de conocer mundo, pero en el fondo es un indivi-

duo fracasado que no quiere reconocer su derrota y "no se le ocurría decir las hambriadas que se había dado, ni menos los malos ratos que había recibido de los mayordomos del *traque*" (23). Es como el caballero español de *El Lazarillo de Tormes*.

Pitacio engatusa al protagonista con la ilusión de triunfar en los Estados Unidos. Don Chipote sale acompañado de su perro. A lo largo de la historia, el autor combina el humor con el discurso de las ideas. Por ejemplo, desmitifica el bucolismo romántico cuando describe el paisaje del atardecer utilizando giros arcaicos y coloquialismos:

El sol se ocultaba en el ocaso y las nubes poníanse coloradotas al recibir la caricia de la cobija de los pobres y, al igual que virgen trasnochadora, de coloradotas iban poniendo negruzcas, semejando ojerías exageradas de cómicos brujas. (16)

En el viaje a la frontera, el protagonista y su perro empiezan a sufrir el hambre, puesto que no habían calculado bien el bastimiento, así que durante algunos días tienen que comer puro chile.

El viaje tiene varias estadías: Juárez, El Paso, Peach Springs y Los Angeles. En la primera ciudad es encarcelado; en la segunda, una prostituta le roba el dinero a él y a su inseparable compañero Policarpo; en la pequeña población de Arizona, sufre el exceso de trabajo, los autoritarismos del mayordomo y un accidente de trabajo; finalmente, en los Angeles consigue un trabajo en un restaurante, donde conoce a una mesera de quien se enamora.

En Ciudad Juárez también aparece el hambre. Don Chipote y el perro devoran un plato de menudo y compar-

ten un zancarrón, pero nunca le quitan los ojos al plato. No pueden pasar a los Estados Unidos y el hambre vuelve otra vez: desde la mañana el protagonista "no había echado nada al agujero del martillo y sus tripas gruñían como diciendo: 'A comerse unas con otras.'" (30) La sacian con un plato de tripietas que compra en el mercado. Después invierten la última peseta en un plato de menudo, pues "ya se lo llevaba el tren de hambre." (35)

En El Paso conoce a Policarpo. Ambos tienen que pagar el almuerzo "a la gringa" que se comieron, pero lavando los platos porque no traían dinero, ya que todos los dólares se los había robado una prostituta que se había embriagado con ellos en un hotel de mala muerte que estaba plagado de chinches.

Mientras aguardan la llegada del viaje para trabajar en las oficinas de reenganche de mojados, durante tres días llenan sus tripas con latas de sardina y galletas de soda que les llevan los reenganchadores. Finalmente, el viaje para los *traques* está listo. A la mitad del viaje en tren, Policarpo y don Chipote comen en una choza, donde les preparan un perol lleno de frijoles y un café con maíz quemado.

En Peach Springs, Arizona, el régimen de trabajo tan excesivo y pesado les provoca un hambre constante. Se alimentan a base de frijoles y tortillas que ellos mismos se preparan luego de la intensa actividad en el *traque*. El hambre llega tanto a la desesperación que Policarpo, don Chipote y Sufrelambre tienen que devorar puras tortillas con sal para después llenarse la panza con mucha agua. Su trabajo es agobiante y el fruto de su trabajo va a parar a una especie de tienda de raya que los esquilma constantemente. Por

este motivo, Don Chipote se queja amargamente de su actual situación porque no puede mandar dinero a su familia:

Esto me pone triste, pues ya ves que de estos pagos que nos han dado la mayoría lo ha recogido la tienda del *suplai*. Parece que trabajamos por la pura comida. (76)

Un accidente de trabajo los lleva a los tres a Los Angeles, donde el itinerario del hambre se agudiza, pues no consiguen trabajo. Don Chipote subsiste unos días en el hospital, pero después sufre las mismas penurias que el perro y Policarpo. Unas veces comen unos churros y se completan con pura agua; otras, se engullen vorazmente el *jamaneg* gringo, sin hablar palabra, mientras sólo se escucha "el tronar de dientes y el chapalear de la lengua al darle su pasada de saliva" (93). Apenas ven la comida y se dejan ir "como gato al bofe" (93).

Mientras ellos se pegan a los aparadores de las tiendas, echando la baba, o vagan por La Placita en busca de un trabajo, de algo que comer o de una simple plática solidaria con los demás chicanos, la familia de don Chipote se lanza a buscar al viejo y padece el mismo itinerario del hambre. La esposa tiene que arreglárselas para cruzar la frontera, alimentar a los cuatro hijos y al colgado de Pitacio, cambiar a los niños de ropa y buscar alojamiento.

En Los Angeles, el desfile de personajes de origen mexicano, famélicos unos, esquilmadores otros, compone una fauna urbana digna de la mejor novela picaresca: la pelona, el abogado transa, el hechicero del amor, los mojados "verdes", entre otros.

El momento más grotesco alcanza niveles de humor negro y lo emparenta con los mejores momentos de la picaresca española. Los dos "parnas" entran a un restaurante a comerse un taquito, y mientras ellos están sentados. Sufrelambre logra sacar de la cocina, con su hocico babeante, un buen trozo de salchicha que el perro comparte amablemente con sus amos, luego de una buena lavada.

Finalmente, don Chipote logra un trabajo más permanente en un restaurante, donde conoce a una mesera a la que intenta conquistar, a la vez que se divierte en el cine o yendo a un teatro de variedad en el que hay una hora del aficionado. Ahora viste como la chicanada angelina:

traje color azul marino con muchos botones, zapatos amarillos y sombrero texano. (118)

Pero cuando está a punto de conseguir el amor de "la pelona", Pitacio, su esposa y sus cuatro hijos lo encuentran en un teatro para aficionados, donde él había subido al escenario para cantar. Su familia había vendido los animales para encontrarse con él, tras una larga travesía en que padecen hambres. El encuentro final es verdaderamente artificioso, melodramático, pues es demasiado fortuito y casual, en medio de la ya gran urbe de California.

Todos son deportados después de una estancia en la cárcel, secuencia que el autor se niega a relatar, puesto que

sería inútil reseñar lo que les pasó en la cárcel, pues es cosa sabida que la chicanada en cualquier parte de los Estados Unidos encuentra la de perder. (149).

Sin Sufrelambre, su perro fiel que fue atropellado por un tranvía, regresan alegres a su pueblo para volver a la misma vida que tenían al iniciar la novela. Aquí, el autor pone un énfasis aleccionador. El epílogo es intrascendente e innecesario: repite casi exactamente la descripción inicial de la naturaleza y finaliza con una moraleja sobre la falsa ilusión de ir a los Estados Unidos, y una conclusión burlesca y pesimista:

Los mexicanos se harán ricos en Estados Unidos: CUANDO LOS PERICOS MAMEN. (155)

El texto vale por lo que cuenta. No obstante su amenidad que nos conduce a leer la novela de un tirón, los mayores defectos radican en la forma. Daniel Venegas, por ello, posee un estilo desaliñado y con algunos defectos gramaticales.

Por un lado, los incesantes excesos retóricos del narrador se manifiestan por toda la obra, algunas veces anticipando lo que va a pasar más adelante; por ejemplo, expresa este tipo de citas:

Si hemos hecho este pequeño paréntesis y nos hemos salido de nuestra historia..." (23).

Los clichés desgastados y los lugares comunes (apelar constantemente al lector) son también sus limitantes. Kannelos explica que

tal vez sea por la influencia de la crónica que la intrusión del narrador testigo en Don Chipote, es tan marcada, ya que las crónicas siempre mantenían en primer plano la personalidad del cronista. ("Introducción 15).

A pesar de todo ello, la novela nos aporta un vivaz retrato sociológico (no psicológico) de los chicanos de los veintes, provenientes en su mayoría del campo, al mismo tiempo que nos rescata en lenguaje vivo lleno de ingenio

aunque puesto en boca de un falso narrador omnisciente que siempre está metiéndose en el plano de la historia.

Oscar Robles C.



J.T. Stephens, President

Cable EBSCO / TELEX 78-2661

Telephone (205) 991-1479

TITLE INFORMATION DEPARTMENT

P.O. BOX 1431 • BIRMINGHAM, ALABAMA 35201-1431 USA
(205) 991-1134 • TELEX 78-2661 • FACSIMILE (205) 995-1586